

dres, el nombre ilustre de su familia, la propia reputacion y fama, todo cuanto puede iluminar una conciencia y mover una voluntad, se invocó por el primogénito de los Loyolas para obtener y recabar de Ignacio que no se partiese de ningun modo sin estas tres condiciones capitales: un acompañamiento de criados fieles, una bolsa de oro repleta, y un caballo del mejor andar posible. Tan constreñido se vió Ignacio á la indispensable aceptacion de aquellas tres condiciones, que volvió á caer en su redomado disimulo y á convenir con las fraternales importunidades. Tomó caballo, dinero y domésticos, hasta el límite jurisdiccional de Guipúzcoa, pero traspasado este y creyendo cumplido el deber de la obediencia, hurtó el cuerpo á los que le acompañaban, dejó libre el caballo, solos á los domésticos y suelto el dinero, yéndose á pié, sin mas compañía que la de sus pensamientos y sin mas recursos que los de la limosna, desde los valles de su nacimiento á la capital de Navarra. Parece como que Ignacio en este viaje se despide por siempre de su patria, como si tuviera el presentimiento de que no debía volver jamás á verla. No se aquietó y satisfizo su corazon yendo á la tierra natal, deseó tambien ver otros escenarios de su vida. Y ninguno como la ciudadela de Pamplona, donde batalló con tan singular heroismo, y al recibir aquella herida en las plantas recibió tambien el golpe de su extraña y sobrenatural vocacion en la cabeza. Estuvo algunos dias en Pamplona, y por fin se dirigió y encaminó á los sitios diversos donde habia de tratar los asuntos propios de sus varios compañeros.

Almazan, Sigüenza y Toledo le vieron; ciudades que correspondian á Diego Lainez, Alonso Salmeron y á otros compañeros suyos. Aunque los biógrafos nada dicen, asuntos materiales y negocios de interés debieron llevarle á tales lugares. Bien es verdad que narran el desinterés y abnegacion de Ignacio en tal modo desasido de toda idea y propósito de utilidad que no quiso recibir ni el canto de un maravedí para él. Pero conociendo como conocemos el carácter de la Compañía, cuya riqueza no puede obstar á que cada uno de sus miembros sea pobre, debemos convenir en que los escarmientos sufridos y las enseñanzas allegadas en la Sorbona le constriñeron á curarse de los bienes tangibles, no para las necesidades propias, no, para las necesidades múltiples de los suyos y para la sólida fundacion de su obra.

Concluido y arreglado todo, embarcóse Ignacio en Valencia y de Valencia se partió en una nave doblemente amenazada por las correrías de los corsarios y por la furia de los elementos. A dos dedos estuvo de caer bajo la mano de Barbaroja, y á dos dedos de morir en las olas amontonadas por la tormenta. Los mástiles se quebraron, las jarcias y obra muerta de la nave se perdieron; pero su buena estrella le llevó á Génova, desde cuya ciudad se dirigió y encaminó á Bolonia.

Rigurosa era la estacion por excepcionalmente fria; mas nunca los elementos y sus implacables rigores desconcertaron la entera voluntad del animoso Ignacio. Como si no sucediese cosa de atender, subió el Apenino que separa las dos mitades de Italia. Sin guía, sin cabalgadura, encontrose completamente perdido. La nieve habia caido en abundancia y sobre la nieve habia caido el hielo. No podia dar paso alguno sin resbalarse y sin temor de próxima muerte. En estas llegó á embreñarse en altísimo picacho cortado como una pared lisa, que formaba horrible despeñadero, por el cual caia con estruendo y fragor increíbles caudalosa catarata, cuyos bravos y espumosos caudales, al tocar, despeñados é hirvientes, en lo profundo, formaban la madre copiosa de precipitado y embravecido rio. La nieve resbaladiza, el borde cortado en filos, el mareo y vértigo de las alturas, la irresistible atraccion de los abismos, el fragor de la catarata cegaron al penitente con tal espesa ceguera que cayó como rendido y estuvo á pique de rodar á la eternidad. Su valor sereno le sirvió en aquella ocasion como en tantas otras no menos difíciles. Durante algunas horas, viendo que no podía ni retroceder ni avanzar, creyóse perdido, cerró los ojos á la luz y encomendó el alma y el cuerpo al Criador próximo á juzgarle. Pero un esfuerzo le dió ánimos, y andando mas con las manos que con los piés, y arrastrándose por el hielo á gatas salió de tan grave peligro.

Al entrar en Bolonia quiso la nefasta estrella de tan mal aventurado viaje, que pasando por un callejon, al poner los piés sobre portezuela de frágil leño, disimulada en el suelo, cayese dentro de inmundo lugar para salir sucio y enlodado con mucha risa de cuantos le veian y mucho escarnio de su persona. Tal vez entrada tan ridícula fuera parte principal á lo que allí le sucedió, pues recorriendo calles y plazas en busca de limosna y socorro, no

encontró quien le socorriera con un cuarto ni con un consuelo. Ignoramos qué le pasara, de no caer enfermo, y recibir, como tantas otras veces, la oficial asistencia en los hospitales de rúbrica. Pero sano y salvo, dejó pronto aquella ciudad descastada que no le había dado ni el canto de una blanca ni el valor de un bocado de pan, y fuése á Venecia, donde le aguardaban sus compañeros, cual tenía de antiguo concertado. Y aquí empieza otra fase de la vida que vamos historiando.

CAPITULO IV

NOMBRE DADO Á LA OBRA DE SAN IGNACIO Y CONFIRMACION OFICIAL DE SU EXISTENCIA POR EL PONTÍFICE PAULO III

Uno de los principales caracteres de Ignacio, el que acaso mas resalta en su vida, es la inclinacion constante á reunir y allegar adeptos copartícipes de su obra y adheridos á su doctrina. Existen muchos, muchísimos caracteres en la historia, que reconcentrados dentro de sí mismos, indagan la verdad y la conquistan reflexivamente, no para el resto de los mortales, para su propia interior iluminacion y recreo. Pero hay otras almas, que no aciertan á quedarse dentro de sí mismas, y se derraman á borbotones fuera en palabras elocuentísimas ó en obras inmortales. Hay almas concentradas que alcanzan una idea, y hay almas apostólicas y propagandistas que la enseñan y la difunden. El trabajo humano, así en la naturaleza como en la sociedad, tiene tantas complicaciones, que las aptitudes resultan al fin y al cabo tan variadas y complejas, como resultan á su vez innumerables las grandes vocaciones. Muchos, sirviendo en alto grado para la propaganda, no sirven cosa para la organizacion. El que predica bien suele obrar mal. Unos oyen voces proféticas y las trasladan á sus obras, valiendo mucho para difundir una idea, y no valiendo nada para realizarla y para cumplirla.

No así Loyola, no así. Lo mismo sabe captar almas para su doctrina y para su obra que sabe regimentarlas, dirigirlas, impelerlas, cuando quiere, á la accion y aun al combate. Pocos hombres tan duchos en esto de adquirir coasociados, iniciarlos en su ciencia, é inscribirlos á la sombra de sus banderas. En cuanto reúne algunos, los disciplina por la comunidad de sentimientos y los mantiene disciplinados por el nivel de la obediencia. Tres gérmenes de